



VAGABUNDOS Y ANARQUISTAS EN LA OBRA DE  
MANUEL ROJAS.

Nora Figueroa de la Fuente.

En 1879 Chile vence a Perú y Bolivia en la llamada Guerra del Pacífico, y adquiere dominio sobre las provincias de Tarapacá y Antofagasta, donde se hallaban los yacimientos de salitre más ricos del mundo. Empresarios chilenos e ingleses hacen fuertes compras de certificados salitreros usando, ampliamente, el crédito que conceden los bancos chilenos.

Así comienza para Chile un periodo de esplendor económico manejado por los dueños del salitre, que desde 1880 a 1920 se sustentan sobre el 80% de la población constituida por el proletariado que, asimismo, de alguna manera, se ve favorecido por este auge: miles y miles de campesinos y pobres de las ciudades se trasladan penosamente al norte en busca de mejores salarios. Pero muy pronto el salitre trae consigo, junto a escuelas, caminos y ferrocarriles, el despilfarro, la corrupción a todos los niveles sociales, el enriquecimiento repentino y la explotación más desembozada.

El puerto de Iquique, en la provincia de Tarapacá, llega a ser un luminoso escaparate donde se vende toda clase de mercaderías finas traídas de Europa. "Los opulentos clubes sociales de los salitreros, donde sólo podían entrar los chaquetas blancas, que eran los altos empleados, y los hoteles de



vistosa importancia, todo concordaba con esta vida ágil, extraña y sugerente".<sup>1</sup> Pero también existía el mundo del pampino. A éste se le pagaba con la ficha de la oficina salitrera en la cual desempeñaba su trabajo; ella sólo servía para comprar en la pulpería de acuerdo a los precios que fijaba la empresa. Muchas ilusiones se forjaron los afuerinos que llegaron al salitre. Se creó un hombre del salitre, un carácter pampino.

A comienzos de este siglo, la población de la provincia de Tarapacá se había mezclado con población extranjera, y ampliaba su mundo y sus perspectivas. "Los marinos europeos traían con frecuencia una fuerte dosis de anarquismo que transmitían al nativo. Veleros franceses, alemanes, ingleses y de tantos países. Marineros borrachos cantando en idiomas terribles; la nostalgia de la vida puesta en los ojos de Europa".<sup>2</sup> Pero surgió la crisis, primero por aumento de la producción y la consecuente baja del precio del nitrato, y luego por la paralización de faenas cuyo fin fue limitar la producción siempre que fuese necesario. Por aquellos días, ya algunos países anunciaban el próximo agotamiento de las salitreras. "Y así empezó a surgir en Europa y Estados Unidos la industria de los fertilizantes artificiales. Pero en Chile nadie decía nada, como si esta opulencia sólo debiera durar para la generación que la aprovechaba".<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Mario Behamonde, *Pampinos y salitreros*, Santiago de Chile, Editora Nacional Quimantú, 1973, p. 30.

<sup>2</sup> Mario Behamonde, *Op. cit.*, p. 41.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 41.

De esta manera se desperdició la gran riqueza del salitre. Como reacción, crece en algunos grupos sociales una fuerte rebeldía que a menudo se expresa a través de la ideología anarquista y cuya raíz aparece desde el pensamiento de los socialistas utópicos europeos. Los obreros adquirían, en malas traducciones y a bajo precio, a Saint-Simon, Fourier, Owen, Bakunin. En el primer cuarto de este siglo, miles de ellos debieron regresar hacia el sur en un éxodo de cesantes como nunca se vio en el país. Sin embargo, ya habían adquirido el sello de su peregrinaje: se incorporaron a la aventura por medio de los **enganches** y volvieron durante la crisis; pero ya habían tomado plena conciencia de su destino, habían adquirido el carácter nortino que "significa practicar diferentes oficios, pero, por encima de todo, significa vivir la tierra y los cerros y la región con un ciego amor pegado a la esperanza".<sup>4</sup>

En Chile, muchos hombres tienen esas características, porque es un país que se ha sustentado en el salitre, primero, y luego en la plata y el cobre. Por eso, los afuerinos no son exclusivamente los habitantes del sur que peregrinaron a los minerales del norte, sino que son todos los que llevan la marca del **afuera**, del que está al margen buscando un enganche hacia cualquier parte del territorio.

En 1920, época en que la crisis comienza, el joven escritor Manuel Rojas tiene 24 años. Tiempo después, la visión del mundo de esa época, aparecerá en la tetralogía formada por las novelas

---

<sup>4</sup> Ibidem, p. 7.



Hijo de ladrón (1951), Mejor que el vino (1958), Sombras contra el muro (1966), y La oscura vida radiante (1971). Estas cuatro obras tienen un mismo protagonista que cuenta su historia en primera persona: se trata de Aniceto Hevia. La descripción de su vida objetiva y subjetiva genera el centro de las relaciones, los hechos y sobre todo los personajes en las novelas citadas. Estos personajes son los marginados de la sociedad: vagabundos, artesanos pobres, trabajadores ocasionales, ladrones, cesantes aventureros.

Manuel Rojas concibe sus novelas como una realidad vinculada con la vida. El anarquismo vivido por él en una época en que su influencia sobre amplios sectores sociales chilenos era evidente, condiciona toda su creación. Sus personajes están dibujados como seres universales del submundo social, como desechos humanos donde el autor penetra descubriendo su inmensa capacidad de vivir y su riqueza existencial, ayudado, sin duda, por el pensamiento anarquista. El escritor hace suya la afirmación que postula a la experiencia y a la vida como principios fundamentales que conducirán a la necesidad de una asociación universal para el porvenir. En este contexto, la naturaleza se une al hombre como misterio y develación continua de sí misma y, también, como un encuentro con la identidad. La búsqueda de la naturaleza es la delirante búsqueda de la vida expresada como una inclinación



hacia lo desconocido que ejerce la atracción apasionada que postuló Charles Fourier.<sup>5</sup>

Así, la naturaleza libera de las lacras de la civilización y entrega valores de espontaneidad imaginativa, a la vez que ayuda a suprimir o atenuar las represiones de la sociedad moderna.

Estos conceptos abren el camino a una noción de la naturaleza no tanto aprehendida intelectualmente, como vivida en un primitivismo exaltado. El hombre debe destruir todo aquello que lo separe de la vida, debe aferrarse a ella para darle luego una intención político-social liberada de presiones. Sólo cuando se ha alcanzado la unidad con el trabajo en una síntesis creativa, se puede penetrar en la aventura del conocimiento de la naturaleza y el arte para obtener, en solidaridad, el impulso hacia el futuro.

Para los personajes de Manuel Rojas, salvarse es llegar al gobierno ideal de todos los hombres en unión con la naturaleza. De este modo, ellos encuentran alivio a las humillaciones en la ideología libertaria. Su fuerza creadora está en el anarquismo intuitivo y sentimental que les confiere una lucidez secreta, más allá de la desesperanza, la miseria moral y el aislamiento.

En su novela *Sombras contra el muro*, los vagabundos Voltaire y Aniceto intentan dormir recostados en un pajar. Escucha el ruido del viento que sopla más fuerte en aquellas lomas que descienden hasta el mar. "Siempre soplabo el viento por allí y

---

<sup>5</sup> Charles Fourier, utopista francés, señalado como precursor de la filosofía anarquista, nació en 1772 y murió en 1837.



desde ese punto, si se miraba, el mar tenía toda la grandeza y la belleza que se le conoce y supone: lejanía, inmensidad, color. Podía uno estar todo el día mirándolo y durante todo el día el océano presentaba algo de interés, barcos, pájaros, botes, rizaduras, nubes, neblina, viento, resplandor, oleajes, corrientes, calma; después comenzaba de nuevo. ¿No te parece? Puedes pensar o imaginar lo que quieras, lo que es y lo que será, lo que puede ser y lo que no puede ser, porque todo puede ser y no ser, abismo y cielo, abismo de agua, abismo de cielo, es como la humanidad, como el universo, aunque más cercano a nosotros; mira, nunca creo más en el anarquismo que cuando estoy sentado aquí, mirando el mar...<sup>4</sup>

Los protagonistas de Manuel Rojas se acercan a sus tareas con la misma pasión con que se unen a la naturaleza, porque el trabajo los sumerge en el mundo, les entrega la profundización de la experiencia, a la vez que forma su capacidad individual y solidaria.

Los marginados rechazan su integración a la sociedad alienada, aspiran a que sus oficios, sus trabajos ocasionales, sean la preparación de una conciencia moral que se manifiesta en la ayuda mutua. La miseria y el anhelo de realización final se enfrentan creando una dinámica que constantemente se alimenta a sí misma. Porque en estos hombres la grandeza está en su capacidad de esperanza, de resistencia y tenacidad con que viven,

---

<sup>4</sup> Manuel Rojas, "Sombras contra el muro" en Obras, Madrid, Editorial Aguilar, 1973, p. 872.

80

como en su disposición dolorosa de asumir el aprobio de la caída y el padecimiento de la propia indigencia. El anarquismo, a pesar de ser la motivación sensible de la individualidad, se contempla a veces como un magnífico instante de un futuro incierto.

"La vida que se sobrevive, como la última miseria, la vida que se contravive, el postrer nudo de la existencia, el más firme y persistente, sin embargo: los materiales de desecho, la chatarra de la condición humana, puro instinto y animalidad degradada, acusación flagrante al orden, a la justicia, (son) símbolos no obstante de la resistencia de la vida humana".<sup>7</sup>

Aniceto Hevia vive rodeado de seres sin oficio, aventureros, vagabundos, obreros anarquistas. Hevia ama los trabajos, aun aquellos más rutinarios; los ejecuta como un arte, con cuidado, buscando aprenderlos y vivirlos. Comprende que así se acerca a su perfeccionamiento interior.

La teoría anarquista señala que la revolución social se cumplirá cuando el obrero se haga digno de ella, cuando imponga su dignidad y se emancipe, pero antes debe operar la transformación en cada individuo. Para esto se ayudará del trabajo educativo que debe darse tanto a los niños como a los adultos. El trabajo manual será liberado de su estigma de labor inferior y se infundirá orgullo por el aprendizaje que nazca de la práctica.

---

<sup>7</sup> Jaime Valdivieso, Realidad y ficción en Latinoamérica, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1975, p. 140.



Proudhon invita al hombre a estudiar fervientemente para obtener la liberación por su propio esfuerzo. En cuanto a la organización del trabajo, aboga por los talleres que sustituirán al gobierno. Godwin dice que en la sociedad anarquista la preocupación por lo cotidiano no someterá al hombre porque ya no necesitará de bienes superfluos y el trabajo manual será considerado como ejercicio de recreo.

Asimismo, Charles Fourier reafirmó la idea del trabajo atrayente, sosteniendo que si hoy el trabajo es una forma de alienación, en el futuro será un placer. En Armonía (una nueva proposición del universo, un estado ideal del hombre en relación al hombre y al universo. Una cosmogonía utópica cuyo fundador fue el propio Fourier) el trabajo es un juego y un arte porque está regido por la atracción pasional. Propone que el trabajo de los adultos tome el ejemplo de las actividades de los niños.

Los personajes de Manuel Rojas establecen un puente sutil entre su propio quehacer y estas concepciones. Su trabajo es una aproximación amorosa entre el hombre y la materia. Este encuentro es un viaje espiritual en el que los seres se proyectan en las cosas que trabajan, en que se recuperan en ellas de todas las privaciones y culminan su esfuerzo con la satisfacción de haber convertido elementos dispersos en una obra armoniosa y significativa. El hombre va más allá del objeto. Con su intención proyecta valores, que a su vez, en acción mutua, el objeto le restituye. Ha entregado algo suyo y le ha sido devuelto, enriquecido y convertido en ilusión de futuro.





Aquello que la sociedad les ha negado se encuentra, de algún modo, en ese pequeño ejercicio de su libertad. La insuficiencia y la penuria se expresan en un impulso de posesión y de expresión en el objeto y su materia viva.

Aniceto Hevia observa con detención y cariño las cosas, las tareas y los hombres que las ejecutan.

Ortúzar es su amigo, vive en Valparaíso, tiene la pasión oratoria y es anarquista. Sueña, a menudo, que habla ante una muchedumbre imaginaria de artistas, trabajadores y hermosas mujeres, instándolos a marchar hacia la utopía.

"Cuando (Ortúzar) olvidaba su afán oratorio era un gran amigo, un buen compañero y un excelente zapatero de mujer: los zapatos salían de sus manos dotados de una belleza que sus frases poéticas todavía no alcanzaban: eran construidas con elementos vargasvileanos o imitadas de escritores anarquistas argentinos... En cambio, el tratamiento que daba el cuero y a la suela, el corte y descarnar con el afilado y pequeño cuchillo, el martilleo y el lijado, la delicadeza de la perforación de la lezna y el tino con que daba cera al hilo y apretaba la costura, denotaban un maestro cuidadoso y conocedor de su oficio, un hombre que podía, usando aquellos elementos, alcanzar casi una categoría estética; eran elementos naturales, productos animales o hechizos como hierro o cuero, cera e hilo, pero si hubiera sabido aprovechar las palabras, que son también elementos naturales, y sus combinaciones de sonido y de sentido, tan bien como



aprovechaba los otros elementos, sin duda habría sido tan buen orador lírico como zapatero de mujer".<sup>8</sup>

Al investigar la vida de Manuel Rojas encontramos antecedentes biográficos que sirvieron al escritor como motivos literarios: trabajó en los oficios más variados; quedó huérfano y sólo cuando era todavía un niño. Trabajó en una sastrería pegando botones, luego vivió "en casa de una señora gorda y fofa que tenía algo así como un consultorio para adelgazar y endurecer las carnes".<sup>9</sup>

Fue mensajero y aprendiz de talabartero. Estudió algunos años de primaria, dos o tres, de ahí en adelante "tuvo una maestra incomparable: su experiencia de cada hora".<sup>10</sup> En la ciudad de Mendoza hace amistad con anarquistas. Es pintor de muros, ayudante de electricista, trabaja en una compañía de ópera y en un circo; es acarreador de uva y peón en la cordillera de Los Andes. En Santiago pinta coches. En Valparaíso fue cuidador de faluchos. Aprende el oficio de linotipista y lo desarrolla en la revista *Numen*, semanario socialista chileno en la década de los cuarenta. Fue bibliotecario y recorrió el país con una compañía de cómicos madrileños. Estuvo varias veces en la cárcel por cuestiones políticas.

---

<sup>8</sup> Manuel Rojas, *La oscura vida radiante*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971, p. 111.

<sup>9</sup> José Santos González Vera, *Algunos*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1959, p. 183.

<sup>10</sup> José Santos González Vera, *Op. cit.*, p. 178.



Sin duda que el hombre Manuel Rojas fue un personaje de sus propias novelas. Estas admiten entonces una lectura como si fueran una especie de memoria con algo de ficción. Desde esta perspectiva de privilegio, el protagonista Manuel Rojas, fundido en Aniceto Hevia, observa, en el espacio del recuerdo, las vidas de los marginados con profunda conmiseración y ternura. Lo esencial es que la mirada descubre el encuentro final con la dignidad, el señorío y la esperanza.

Se puede decir que Aniceto Hevia creó la gran metáfora del recuerdo. Toda su existencia está levantada sobre ella, que se vuelve poderosa en su equilibrio de pasado y futuro fundidos en la memoria. Esta doble dimensión temporal hace que su mundo tome un ritmo tan orgánico y material como la propia vida.

"... todo lo que he visto, lo que he oído, vivido y leído, gira dentro de mí, una y otra vez, interminablemente. De eso no puedo hablar y eso no me deja hablar. Es como si pretendiera hablar de la circulación de mi sangre".<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Manuel Rojas, *Mejor que el vino*, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1969, p. 116.